

In ictu oculi

Juan Carlos Fernández

www.juancarlosfernandez.es



Valdés Leal, maestro español del tenebrismo barroco, exhibe en su célebre pintura *In ictu oculi* (en un abrir y cerrar de ojos) el triunfo de la Parca, que con su guadaña siega inmisericorde toda la vanidad humana. Nos presenta el pintor un esqueleto triunfante sobre los símbolos del máximo poder, entonces el papal: se destaca la gigantesca figura de la osamenta sobre la tiara pontificia y sobre cualesquiera otros elementos del cuadro. Como no es mi intención hacerles ninguna crítica artística (entre otras razones porque ni estoy ni capacitado para ese menester, ni mucho menos me apetece), les hablo aquí del óleo de Valdés Leal para emplearlo, si les parece bien, como alegoría de cosas que han pasado recientemente.

No hace falta que les solicite demasiada perspicacia para que comprendan que esta simbología tiene que ver con la defenestración del presidente Rajoy por obra de una moción de censura cuyas consecuencias son inciertas, aunque algunos episodios hacen que apunte maneras el sustituto, que ha pasado del callejón al centro del ruedo con el concurso de una cuadrilla desigual, y de la que no sabemos si estará al quite cuando le sea preciso al maestro o andarán más pendientes de sus cosas detrás del burladero. De modo que en una semana se ha transitado del triunfo de la aprobación de unos presupuestos y de la presunción de estabilidad hasta el final de la legislatura al cambio de inquilino en La Moncloa. Lo dicho, *in ictu oculi*.

Mariano Rajoy, vencido el desconcierto de la víspera de la votación, actuó con sentido común y se alejó de la escena política sin designar sucesor (como está mandado) y anticipando que no intervendría en los pleitos internos que puedan plantearse. Además, ha renunciado al acta de diputado y solicitado el

reingreso en su puesto de trabajo como registrador de la Propiedad. Es la ventaja de tener las espaldas cubiertas, puede uno despedirse como le plazca sin tener que comulgar ruedas de molino.

Y ahora, ¿qué? Pues entiendo que en el Partido Popular pueden hacer de todo menos caer en la melancolía. Lloren lo que tengan que llorar por la pérdida del poder (es una metáfora, oigan, que aquí no hay ningún Boabdil ni Aixa la Horra que le recrimine), pero pónganse de inmediato a la tarea de recuperarlo. Son muy útiles los taponos de cera en los oídos para ignorar a los catedráticos de taberna que llevan años clamando por la salida de Rajoy: «ya era hora», habrá celebrado alguno de los que en uso de la suprema sabiduría de taburete, tapa y copa de vino exigía que nos rescataran. También (los hay, créanme) algunos pedían desfile de tanques por la Diagonal. Déjenlos de lado a ellos y a los santones mediáticos que son la medida infalible de qué tiene que ser la derecha española. Sobre todo ignórenlos porque muchos de los que vocean no saben de la misa la media ni tienen una idea clara de dónde ha de estar la derecha del siglo XXI.

Y, si les parece, pónganse manos a la obra no para acometer una refundación, pero casi. Los casos de corrupción han causado un gravísimo daño al centroderecha español y, con independencia de que los haya y muy notables en otros partidos, la batalla de la propaganda hace tiempo que se perdió. De modo que expurguen, criben, reestructúrense, busquen un líder del modo menos traumático posible. Como diría Ortega, «a las cosas». Sostengo, aun a riesgo de equivocarme, que el bipartidismo es sano siempre que los partidos no se conviertan en monolitos pétreos. Por lo tanto, la derecha tiene que situarse nítidamente ante el electorado como oferta fiable y apta para garantizar la estabilidad. La misma tarea creo que le corresponde al PSOE, y espero que anden en esa línea, aunque me malicio que será difícil. Y mucho, mucho cuidado con las frutas envenenadas: a la Sagrada Familia le ofrecieron naranjas en su huida a Egipto para calmar la sed. Pero eso sólo ocurre en poemas fervorosos. En la política de hogaño, una naranja es una fruta incierta. No sé si tanto como las moras. Pero incierta. Diría yo.